

Este *Te Deum* ¿qué era sino una mentira? ¿Quién podía creer que el arzobispo daba gracias á Dios de buena fe por la toma de la Bastilla? Nada había cambiado, ni los hombres, ni los principios... La corte seguía siendo la corte, el enemigo siempre sería el enemigo.

Lo hecho estaba hecho. La Asamblea nacional y los electores de París con todo su poderío, no podían borrar lo pasado. El 14 de Julio había habido un vencido, el rey; un vencedor, el pueblo. ¿Cómo deshacer esto, hacer que lo que fué no fuese, borrar la historia, cambiar la realidad de los sucesos consumados, cambiar los sentimientos del rey y del pueblo de modo que aquél se sintiera dichoso por haber sido vapuleado y éste se entregara sin desconfianza en manos de un dueño tan cruelmente provocado?

Mounier, narrando el día 16 en la Asamblea nacional la visita de los cien diputados á la ciudad de París, apoyó la extraña proposición (presentada y votada al día siguiente en el Hotel de Ville) de alzar una estatua á Luis XVI en la plaza de la Bastilla demolida... Una estatua por una derrota es cosa nueva y original... El ridículo se hacía más de notar cada día; ¿quién podía engañar así? ¿Hacer triunfar al vencido era verdaderamente bastante para poder escamotear la victoria?

La obstinación del rey, durante todo el día 14, demuestra á los más simples que el acto del 15 no fué espontáneo. En el momento mismo en que la Asamblea le acompañaba al castillo, durante aquel delirio fingido ó real, una mujer abraza sus rodillas y no tiene miedo de decirle: «¡Ah! Señor, ¿habéis sido sincero? ¿no os harán cambiar de ideas?»

El pueblo de París abrigaba los más sombríos pensamientos.

No podía creer que con cuarenta mil hombres en los alrededores de Versalles la corte no destruyera todo lo hecho. Creía que el acto del rey no era más que un medio para adormecer al pueblo y atacarle más ventajosamente. El pueblo desconfía de los electores; dos de ellos enviados el día 15 á Versalles, fueron á su regreso acusados de traidores y amenazados, corriendo grave riesgo. Los guardias franceses temían alguna sorpresa en sus cuarteles y se negaban á recogerse en ellos. El pueblo se obstinaba en creer que si la corte no se atrevía á combatir, se vengaría por medio de cualquier villano atentado, ó estaría fabricando alguna mina para hacer volar á París.

El temor no era ridículo; mucho más lo era la confianza. ¿Por qué creerse seguros? Las tropas, á pesar de la promesa del rey, no se alejaban. El barón de Falckenheim, que mandaba las fuerzas de Saint-Denis, decía que no había recibido órdenes. En las murallas fueron detenidos dos de sus oficiales que se habían acercado á inspeccionar. Ocurrió una cosa no menos grave, y fué que el jefe de policía presentó su dimisión; el intendente Berthier había huído y con él todos los empleados y documentos de la administración de subsistencias. Un día ó dos más y acaso se encontrara el mercado sin harina. El pueblo iba al Hotel de Ville á pedir pan y las cabezas de los magistrados. Los electores envia-

ron muchos comisionados á buscar trigo á Genlis, á Vernon, hasta al Havre mismo.

París esperaba al rey. Creía que si había hablado con entera franqueza, con el corazón, dejaría su Versalles y sus malos consejeros y se arrojaría en brazos del pueblo.

Nada hubiera sido más hábil, de mayor efecto el día 15; debió marchar á París al salir de la Asamblea, *confiarse*, no de palabra, sino verdaderamente con su misma persona, entrar atrevidamente en la multitud, confundirse con aquel pueblo armado... La emoción, tan grande todavía, se hubiera concentrado enteramente en él.

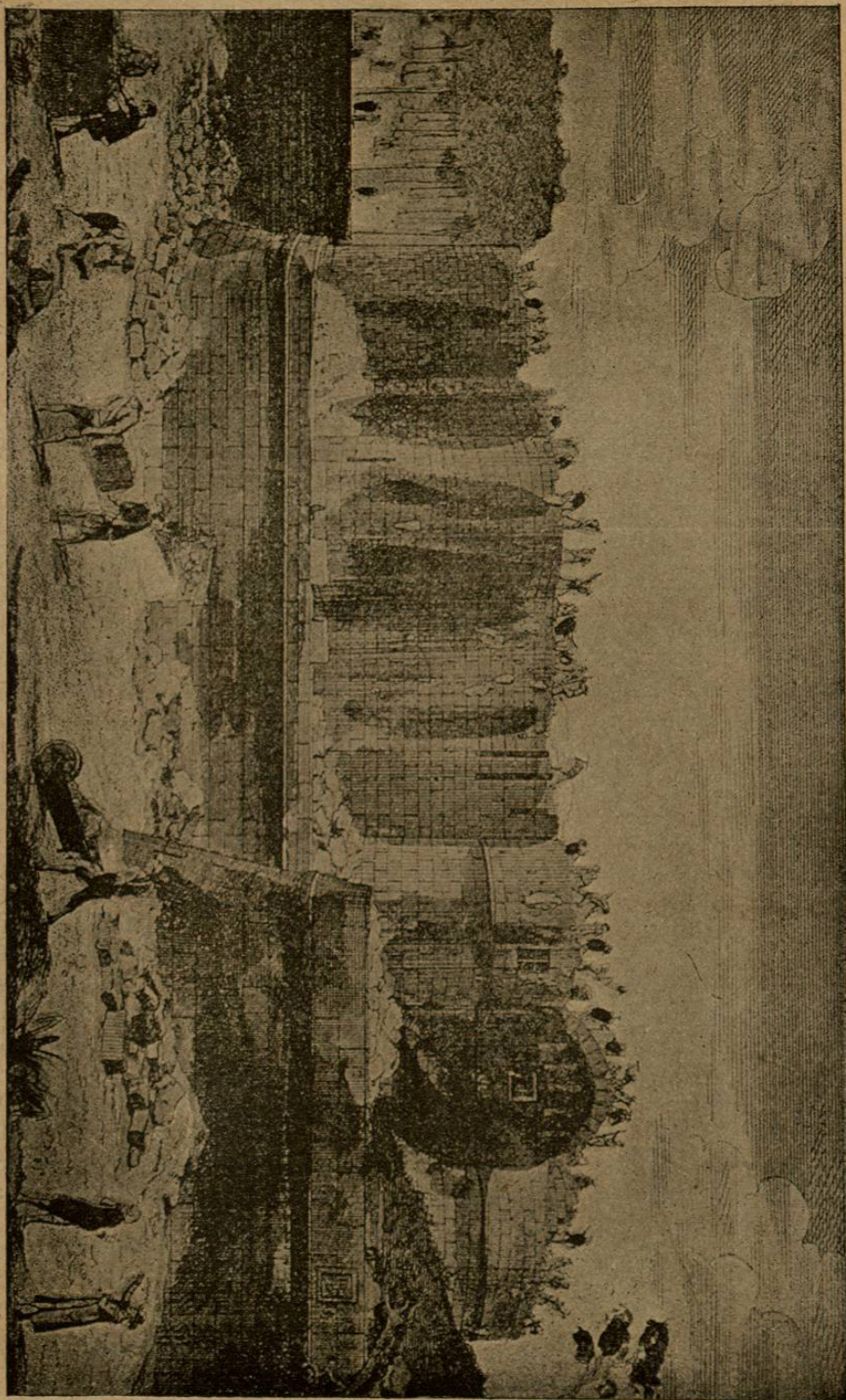
He aquí lo que el pueblo esperaba; lo que creía y decía. Lo dijo en el Hotel de Ville y lo repitió en las calles. El rey vacila, consulta, deja pasar un día y lo perdió todo.

¿Dónde pasó este día irreparable? Toda la noche del 15 y la mañana del 16 estuvo encerrado con aquellos mismos ministros, cuya audaz ineptitud había ensangrentado á París y quebrantado para siempre el trono. En ese consejo la reina quería ó huir y alejar al rey, ó ponerle á la cabeza de las tropas y comenzar la guerra civil. ¿Pero estaban seguros de las tropas? ¿Qué ocurriría si la guerra estallaba en el ejército mismo, entre los soldados franceses y los mercenarios extranjeros? ¿No valía más ganar tiempo, divertir al pueblo, engañarle?... Luis XVI entre aquellos dilemas no se decidió por ninguno; estaba dispueto á seguir indiferentemente cualquier camino. La mayoría del Consejo se decidió por el último recurso y el rey lo aceptó.

Un alcalde de París y un jefe militar de París nombrados por los electores sin la aquiescencia del rey; aceptados esos puestos por hombres tan respetables y serios como Bailly y Lafayette; confirmados los nombramientos por la Asamblea sin consultar al rey ni pedirle sanción... esto no era un trastorno, era una revolución bien y enérgicamente organizada. Lafayette, «no dudando que todos los municipios desearían confiar su defensa á los ciudadanos armados», propuso que la milicia ciudadana se llamase *guardia nacional* (palabra ya utilizada por Sieyès). Esta palabra parece generalizarse, extender el armamento de París á todo el reino, del mismo modo que la escarapela azul y roja de la ciudad, aumentada con el blanco, el antiguo color francés, se convierte en divisa de Francia entera.

Si el rey permanecía en Versalles, si tardaba, hubiera sublevado á París. Cada vez eran los propósitos más hostiles. Habiendo sido invitados los distritos á unir sus comisionados á los del Hotel de Ville para ir á dar las gracias al rey, respondieron muchos de ellos que «nada tenían aún que agradecer.»

En la noche del 16, Bailly, que encontró casualmente á Vicq-d'Azyr, el médico de la reina, le advirtió que la ciudad de París esperaba al rey, deseaba verlo. El rey prometió ir y aquella misma noche escribió á M. Necker, rogándole volviera á su lado.



El 17 se puso en camino el rey á las nueve de la mañana, demasiado serio, triste, pálido; había oído misa y comulgado y entregó á su hermano un nombramiento de teniente general para el caso de que él fuese muerto ó retenido prisionero; la reina en su ausencia escribió con mano convulsa el discurso que iría á pronunciar á la Asamblea si el rey quedaba detenido en París.

Sin guardias, pero rodeado de trescientos ó cuatrocientos diputados, llegó el rey á las tres de la tarde á las murallas de París. El alcalde, presentándole las llaves de la ciudad, le dijo: «Estas son las mismas llaves que fueron presentadas á Enrique IV que había reconquistado su pueblo; ahora es el pueblo quien ha reconquistado á su rey.» Esta última frase, tan verdadera, tan exacta de la que acaso el mismo Bailly no comprendió toda su trascendencia, fué vivamente aplaudida.

En la plaza de Luis XV había un círculo de tropas, y en el centro, formando cuadro, estaban los guardias franceses. Abrióse el batallón, se puso en filas, dejando ver en el centro algunos cañones. (¿Eran los de la Bastilla?) Se puso á la cabeza del cortejo arrastrando sus cureñas... y el rey seguía detrás.

Delante del coche del rey, iba á caballo, la espada en la mano y la escarapela en el sombrero, el comandante Lafayette. El orden era grande (1); el silencio también; ni un grito de ¡viva el rey! de cuando en cuando se oía: ¡Viva la nación!. Desde Point-de-Jour á París, desde la muralla al Hotel de Ville, había doscientos mil hombres armados, poco más de treinta mil con fusiles y el resto con cincuenta mil picas y lanzas, sables, espadas y guadañas. No tenían uniformes, pero estaban correctamente formados en dos líneas de tres en fondo, y en algunos sitios de cuatro ó cinco, á todo lo largo de aquella inmensa carrera.

¡Formidable aparición de la nación armada!... El rey no podía vacilar; aquello no era un partido. ¡Entre tanta diversidad de hombres y uniformes se veía una misma alma y un mismo silencio!

Allí estaban todos; nadie faltó á esta revista solemne. Se veía las mujeres armadas al lado de sus maridos y las jóvenes junto á sus padres. Entre los vencedores de la Bastilla había una mujer.

Los frailes, creyendo también que eran hombres y ciudadanos, habían acudido á tomar parte en aquella gran cruzada. Los Mathurins estaban en fila junto al estandarte de su orden, que había llegado á ser la bandera del distrito donde estaba el convento. Los capuchinos iban armados de espada y fusil. Las señoras de la plaza Maubert habían puesto la revolución de París bajo la protección de Santa Genoveva y le habían ofrecido un cuadro donde la santa animaba al ángel exterminador á des-

(1) Por una desgraciada casualidad se disparó un fusil é hirió á una mujer. Pero no hubo en ello intención alguna contra el rey. Todo el mundo era realista; la Asamblea y el pueblo. Marat mismo lo era todavía en 1791. En una carta inédita de Robespierre que M. de George me ha enseñado, en la que cuenta la visita del rey á París, parece creer en la buena fe de Luis XVI. (23 de Julio de 1789.)

truir la Bastilla, que aparecía tambaleándose, con las almenas y las torres desprendiéndose y cayendo á tierra.

La multitud aplaudió á dos hombres: á Bailly y á Lafayette; á nadie más. Los diputados marchaban alrededor del coche del rey, tristes, temerosos; había algo de sombrío en aquella fiesta... Los instrumentos agrícolas convertidos en armas, las guadañas, los tridentes, las hoces, no alegraban mucho. Los cañones, que dormían en sus sitios, mudos, cubiertos de flores, parecían no estar bastante dormidos... Sobre todas las apariencias de paz se reflejaba una imagen de guerra, clara y significativa; los desgarrados y chamuscados pedazos de la bandera de la Bastilla. Baja el rey del coche y Bailly le presenta la nueva escarapela, con los colores de la ciudad, que se convierte en emblema de Francia. Le ruega que acepte «este signo distintivo de los franceses.» El rey la pone en su sombrero, y rodeado por la multitud sube la sombría escalera del Hotel de Ville; sobre su cabeza las espadas cruzadas forman un techo de acero; extraño honor aprendido en las costumbres masónicas, que parecía de doble sentido porque podía hacer creer que el rey pasaba bajo las Horcas Caudinas.

No hubo en nadie propósito de humillarle. Lejos de esto, fué acogido con una ternura extraordinaria. La gran sala, llena de hombres notables y de gente de todas clases, presentaba un raro aspecto; los que estaban delante y en medio se pusieron de rodillas para no privar á los demás de ver al rey; todos estaban con las manos alzadas hacia el trono y los ojos llenos de lágrimas.

Bailly pronunció en su discurso la palabra *alianza* entre el rey y el pueblo. El presidente de los electores, Moreau de Saint-Méry (el que había ocupado la presidencia en las grandes jornadas y había dado tres mil órdenes en treinta horas), aventuró una frase que parecía comprometer al rey: «*Venís á prometer á vuestros súbditos que los autores de aquellos consejos desastrosos no os rodearán más, que la virtud, demasiado tiempo desterrada, vendrá en auxilio vuestro.*» La virtud quería decir Necker.

El rey, tímido ó prudente, no dijo nada. El procurador de la ciudad apoyó la proposición de levantar una estatua al rey en la plaza de la Bastilla; fué aprobada por unanimidad. Después, Lally, siempre elocuente, pero demasiado sensible y llorón, lamentó *la pena del rey, la necesidad en que estaba de consuelos...* Esto era mostrarle vencido, en lugar de asociarle á la victoria del pueblo sobre los ministros. «Y bien, ciudadanos: ¿estáis satisfechos? Hé aquí al rey, etc.» Este *hé aquí* tres veces repetido hizo el efecto de una triste paráfrasis del *Ecce-Homo*.

Los organizadores del espectáculo lo encontraron completo cuando Bailly hizo asomar al rey á una de las ventanas con la escarapela en el sombrero. Permaneció un cuarto de hora serio, silencioso. Al partir le indicaron quedamente que dijese algo, una palabra siquiera. Pero no le pudieron sacar más que la confirmación de la guardia burguesa, del al-

calde y del comandante en esta frase demasiado breve: «Podéis contar siempre con mi cariño.»

Los electores se contentaron, pero el pueblo no. Habíase imaginado que el rey, alejado de sus malos consejeros, venía á fraternizar con la ciudad de París. ¡Pero, qué! ¡ni una palabra, ni un saludo!... La multitud, sin embargo, aplaudió al regreso; parece tener necesidad de dar suelta á un sentimiento contenido mucho tiempo. Todas las armas estaban boca abajo en señal de paz. Se gritaba: ¡viva el rey! Fué llevado en brazos á su coche. Una mujer del pueblo se abalanza á su cuello. Hombres armados de botellas detuvieron los caballos, dieron vino al cochero y á los lacayos, bebiendo con ellos á la salud del rey. El rey sonríe, pero no dice nada todavía. La menor palabra de bondad, pronunciada en aquel momento, hubiera sido repetida, celebrada, produciendo un efecto inmenso. No llega al castillo de Versalles hasta las nueve de la noche. En la escalera encuentra á la reina y á sus hijos, deshechos en lágrimas, que corren á arrojar en sus brazos... ¡El rey había corrido un gran peligro yendo á visitar su pueblo! ¿El pueblo, era el enemigo?... ¿Qué más hubiera podido hacer por un rey libertado, por Juan ó por Francisco I, regresando de sus prisiones de Londres ó de Madrid?

El mismo día, viernes 17, como para protestar de que el rey no hacía nada en París voluntariamente, sino por la fuerza, su hermano el conde de Artois, los Condé y los Conti, los Polignac, Vandreuil, Broglie, Lambesc y otros, huyeron de Francia. No lo lograron sin dificultades; encontraban en todas partes horror á sus nombres; el pueblo estaba alborotado contra ellos. Los Polignac y Vandreuil no lograron escapar sino hablando durante todo el camino contra Vandreuil y Polignac.

La conspiración de la corte, agravado con mil relatos populares, extraños y horribles, había exaltado las imaginaciones, haciéndolas incurablemente desconfiadas y recelosas. Versalles, alborotado cuando menos tanto como París, vigilaba el castillo noche y día, creyéndolo madriquera de todas las traiciones. Aquel palacio inmenso parecía desierto. Muchos no se atrevían ya á ir allí. El ala del Norte, la de los Condé, estaba casi vacía; el ala del Mediodía, la del conde de Artois, los siete vastos departamentos de madame de Polignac, habían sido cerrados para siempre. Muchos criados del rey habían querido abandonarle. Comenzaban á tener ideas raras sobre la realeza.

«Durante tres días—dice Bensenval,—el rey no tuvo á su lado más que á M. de Montmorín y á mí. El 19, estando ausentes todos los ministros, entré en las habitaciones del rey para pedirle firmara una orden dando caballos á un coronel que regresaba á su destino. Cuando le puse la orden á la firma, un criado se colocó junto al rey para ver lo que escribía. El rey se vuelve, vé al insolente y coge las tenazas de la chimenea, lo primero que encuentra á mano. Le impedí seguir aquel impulso de cólera muy justo y entonces me estrecha la mano dándome las gracias, pero observo que hay lágrimas en sus ojos.»